

ABANDONO DE ESPECIE

SVETA ALUNA

Protagonista de la novela *Finales para Aluna* (Ediciones B, 2015) y autora de *Stolpersteine* (Esquina Tomada, 2019)





Ella está allí. Me mira y me saluda. Yo la saludo con la mirada y pongo en funcionamiento mi olfato. De dónde ha salido ese rostro, esos bigotes. O, mejor, a qué especie asociar ese cuerpo. Ella está ahí, me mira. Espera que yo le gruñe algo. Una palabra, su nombre. Qué... No sé qué gruñir. No digo nada. Guardo silencio. Ella sigue allí. Me mira y me saluda, permite que sus bigotes toquen los míos. ¿Todavía existes? No respondo. Quizá ya no existo y por eso me saluda con tanta cercanía, por eso me encuentro aquí con ella y no sé quién es. No se mueve del camino. Se queda a la espera de que yo avance unos pasos. Le veo la terrible intención de esperar a que yo pase por su lado para darme un zarpazo. No avanzo. Me quedo en silencio preguntándole al corazón si conoce a ese ser que me saluda.

La espesura del bosque no me da señales de haber pasado por este camino antes. Sé que voy a alguna parte, pero no sé a qué lugar en particular. ¿A un salado? ¿A un río? ¿A una cueva? Huelo y eso es suficiente. Huelo y existo. De modo que no me puedo encontrar con alguien que ya no existe. Miro hacia atrás. Por el mismo camino, sin descuidar a mi enemiga. Me dispongo a regresar por donde vine. Ella me vuelve a rozar con sus bigotes. Yo miro hacia atrás y me doy cuenta que no sé de dónde he llegado hasta este punto. Me pusieron aquí de un momento a otro. A ella también la habrán puesto aquí de repente. Intento avanzar pero no puedo.

Mover una pata tardaría lo que tarda un nuevo periodo de fecundidad. Ella tampoco avanza hacia mí. Ella me vuelve a saludar. No es un saludo que me tranquilice. Tampoco me dice mi nombre, tampoco me informa quién soy. Es una extraña manera de saludar. Su nariz pegada a la mía. ¿Todavía existes?, el frío de narices se repite. Yo no alcanzo a sacar mi palabra. Es como si los ronroneos hubieran perdido su sonido, su voz. No salen, no se escuchan. Los de ella en cambio se repiten, repican en el ambiente, hacen eco con el bosque. ¿A dónde ir cuando una no sabe de dónde ha venido? Vuelvo a mirar hacia atrás. El sendero es invisible. No ha sido transitado por otros seres en mucho tiempo. No bastaría dar la vuelta al cuerpo para emprender la huida. El sendero se acaba allí donde creo que empieza. Detrás del comienzo del sendero no hay nada. Detrás del bosque que nos circunda no hay nada. Ella me sigue esperando, serena. Espera que yo le responda el saludo. Ya

no es una cuestión de mala educación. Quiero, ahora sí, quiero saludarla, pasarle mi lengua por su cara. No puedo. Eso es distinto. Abro la boca, abro los párpados, muevo los ojos con la mayor expresividad, subo y bajo las cejas, inflo y aprieto las narices, sacudo las orejas, erizo mis cabellos, pero nada de esto se convierte en un saludo para alguien que no conoce mi forma de saludar. Ella, en cambio, sí habla y es amable. ¿Existes todavía? ¿Qué tan bien existes? ¿Siempre en el mismo lugar? Ronronea, gruñe. Su voz es clara, cada vez más comprensible. Aunque parece que habla otra lengua, una que yo no conozco, le entiendo perfectamente. Me saluda. Me saluda con su saludo habitual. Con su afabilidad de años atrás. Podría decir que me conoce. Desde el nacimiento. Yo la olvidé. Era de otra especie. Hay gente extraña que jamás te olvida. Hay gente que te recuerda para toda la vida incluso aunque tú no la recuerdes y no hayas hecho nada por o en contra de ella. Sigues igual que antes, gruñes aún sin moverte del punto donde me esperas. Hago gestos con las uñas, con las garras, con las piernas para explicarte que no me puedo expresar. No me entiendes. Sigues igual de grosera. No cambias, dice tu aliento. Ahora sí ha llegado el momento de avanzar, de llegar hasta ella y destrozarle el cuello de un mordisco. Los pies no se mueven, no me responden. Los de ella tampoco. Ella es una voz que saluda en medio del bosque. Yo soy un ser que no saluda en medio del bosque. Ninguna de las dos existe para pasear por el bosque; solo para vigilar, ella, o para no saludar, yo, a los que husmeen desde afuera hacia este claro del bosque. Ninguna de las dos descuida su espalda. Ambas medimos el paso de extraños con una cola que funge de látigo. Ella y yo preparamos el ataque. Los gruñidos cesan, los ronroneos cesan. Las narices vuelven a juntarse. **U**

